

Paraíso perdido: reflexiones sobre lo imposible como meta

Mabi Revuelta

“¿Te supliqué yo acaso, Supremo Hacedor, que con arcilla me moldeases como un hombre? ¿Solicitó de tí que me hicieras salir de las tinieblas?”_Milton, *Paraíso perdido*

Con esta cita de Milton aparece la primera edición de la novella *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Este relato de Mary Shelley se encuentra entre los ejemplos mejor imaginados de imitación de las labores divinas y de rebelión del hombre hacia su creador. La conclusión de esta obra no puede ser más terriblemente moral: lo imposible realizado a través del progreso científico (dar vida a la materia inerte) genera una criatura que atenta contra el orden natural de las cosas, es imperfecta y posee una inclinación hacia el mal. Y merece ser proscrita por ello. Se trata de una forma de venganza divina ante el anhelo humano de creación, para impedir que este deseo llegue a perpetuarse en el plano de lo real.

¿Ciencia o ficción? Quizás no nos encontremos tan alejados del mito de Frankenstein en la sociedad actual. La medicina y la ingeniería aplicada aportan una visión nueva y cambiante al descubrimiento de los secretos de la vida. Los avances en prótesis corporales o los trasplantes múltiples de órganos prolongan las funciones reservadas con exclusividad a la naturaleza.

Si en el mundo imaginado por H.G. Wells en *La isla del Dr. Moreau* (1896) se da vida a híbridos de humano y animal, ya son posibles los animales transgénicos: clones cuyos órganos se implantarán en humanos con carencias físicas y enfermedades. Si Mary Shelley concibe su moderno Prometeo como un viviente creado sin necesidad de la generación tradicional, ya tenemos muy cerca esa alternativa de la mano de la réplica genética. El debate de lo imposible en este campo no será tanto el hecho de clonar humanos como la existencia normalizada de unos seres clónicos en la sociedad. Podemos intuir de nuevo cómo las leyes divinas o éticas de los hombres nos auguran consecuencias catastróficas si transgredimos los límites de lo prohibido.

Pero dejando a un lado esta colección de monstruos acosados, la literatura también nos ofrece casos insólitos de benevolencia ante las invenciones imposibles: una fantástica versión escrita en 1720 cuenta cómo Adán, antes de su pecado, tenía en el vientre dos mecanismos diferentes: uno para elaborar óvulos y otro que producía un elixir que los fecundaba y, cito textualmente: “ cuando el hombre se calentaba por amor de Dios, el deseo que sentía por ver otras criaturas que amasen y adorasen su Suprema Majestad hacía expandir este licor sobre uno o varios óvulos, con delicias inconcebibles. Este óvulo salía por una especie de nariz, y enseguida aparecía un hombre perfecto”.

Disponer en el vientre del principio de los dos sexos no parece generar ogros, sino hombres perfectos, si es con la aprobación divina, como puede verse. Conjuero de lo imposible, “creced y multiplicaos sin ningún tipo de maternidad”, la androginia supone una perturbación del axioma sexual.

¿Era Adán hermafrodita? ¿Se reproducía contra la sabiduría ancestral de las leyes naturales? En torno a estas reflexiones se elabora *Dulce de leche*: dos gotas de lana que son seminales en potencia y participan también de la característica del hermafroditismo. Son órganos genitales de un híbrido alimenticio ausente e inclasificable (mitad semen, mitad leche de mamá) que puede ser pensado como terrible por su fragmentación física, escala y concepción formal.

Los límites de la naturaleza humana también están presentes en el resto de las piezas que proponemos en esta exposición. No hay construcciones visibles ni geografías excesivamente verticales en *Rizos de Medusa*. Esta obra forrada en su totalidad por plumas negras de avestruz, prolonga sus límites en el espacio a modo de gran alfombra táctil: una mancha proyectándose desde el sumidero de la pila hacia el exterior de ella, o viceversa: frontera superficial y, al mismo tiempo, abismo y resorte hacia profundidades imaginarias del ser; zona fluctuante que anima la pulsión erótica; envoltura y manto protector que, sin embargo, representa lo más profundo. Cerca de la bañera, dos zarpas se colocan en el suelo al borde mismo del tapiz, pero sin llegar a tocarlo. Son pies para ponerse mentalmente y nos introducen en una escena que puede suceder o haber sucedido ya en este espacio de privacidad. Nos hablan del contacto y exploración de la piel del otro para aproximarnos al mundo de los pozos de entrada y salida de la materia orgánica. Ilusiones del cuerpo, orificios del deseo y, además, vasos comunicantes del gusto y el olfato, los espacios cóncavos donde se alojan alguna de las secreciones internas, determinan la impronta de cada uno de nosotros: más dulces o más salados, son los rastros que nos hacen definitivamente especiales en relación a los demás.

Anatomía del amor es una propuesta más ilusoria: en un soporte apergaminado se distribuyen, en zonas más o menos espesas, unos filamentos dibujados a modo de pelos o cabellos. La localización topográfica de los mismos, así como su longitud y características determinan la especie a la que pertenece el pelo y, en particular, si es humano o no. Aunque hablar de pelo parece indicar una posición más próxima a lo animal: son las bestias las que lucen pelaje en tanto que las personas poseemos vello repartido por el cuerpo y cabello cuando éste se dispone en la cabeza.

En cualquier caso, tanto *Anatomía del amor* como *Dulce de leche* y *Rizos de Medusa*, son concebidas como lugares para relacionar el erotismo y la fuerza bruta. El amor y la violencia son los protagonistas de esta historia. ¿Quién puede resistirse, entonces, a la tentación del tacto del tigre de Bengala, que aún entre las rejas del zoológico no olvida el sabor de la carne humana? Iguales apariencias, idénticos comportamientos. Añooro unas sábanas que hacen aguadas como de cebra, y adoro también mis zapatos de leopardo. Al fin y al cabo una piel vista a otra. La disfraz.